

Las consecuencias del reinado de Alejandro Janneo fueron muy considerables. Sus tropas de mercenarios bien sostenidas, se consideraban las más fuertes de aquel tiempo. Esta cosa contra naturaleza, el Estado judío, nacido ayer, se inclina a la ruina. Pero sus resultados son importantes. El reino asmóneo fue la base de las disposiciones que van a tomar los romanos. Varios países unidos a Judea por Juan Hircano y Alejandro Janneo siguieron siendo judíos. Especialmente Idumea dará pronto a Judea un soberano judío. Los Herodes no harán más que sustituir a los asmóneos y seguirán la política iniciada por éstos.

El Estado formado por Juan y Alejandro era pequeño según nuestras ideas, pero fue el más grande de los reinos que salieron de la dislocación del imperio seléucida.

Toda la costa desde el Carmelo hasta Egipto, excepto Ascalón, pertenecía al judaísmo. Lo mismo sucedía con la zona de ciudades en la región al Este del Mar Muerto, y del Oeste al Jordán, salvo Rabat Amón (Filadelfia) y sus dependencias.

Esta serie de conquistas tuvieron un triste resultado para la civilización. Todo esto se le quitaba al helenismo. Ciudades griegas florecientes fueron suprimidas y quedó anulado el efecto de la conquista macedónica en un tercio de Siria. Numerosas poblaciones, hasta entonces florecientes, entregadas a un judaísmo estrecho, fundado en el exterminio, se convirtieron en desiertos, hasta que las resucitaron Pompeyo y Gabinio. Culpa fue del espíritu separatista, que no quería relaciones más que con los circuncisos, culpa sobre todo del principado, de la dinastía profana, que aspiraba a ensanchar sus dominios y a reinar sobre una materia cada vez más extensa.

Sobre el príncipe asmóneo se formó una especie de atmósfera legitimista, muy judía sin duda, pero ante todo asmónea, cuyo principio más importante fue que los hijos de Mattathiah eran los únicos que podían librar a Israel del yugo sirio, que Dios no protegería a los intrusos que quisieran lograrlo, que los sacerdotes, sobre todo, nada entendían de esto y no conseguirían más que perecer sin provecho. Esta opinión laica se asociaba a un judaísmo muy hondo, pero análogo al tipo antiguo, que únicamente admitía como base de vida el patriotismo y nada sabía de la resurrección ni de las recompensas en otra vida.

Todo esto se expresa con gran franqueza en un libro importantísimo, llamado primer Libro de los Macabeos, que contiene el relato de la guerra santa desde la sublevación de Mattathiah hasta la muerte de Simón.

Es obra de un laico, muy adicto a la gente de la corte, y que de ella recibía inspiraciones. El libro debió de ser escrito en hebreo, pero no resultaba más interesante para cristianos que para judíos, sólo se ha conservado la traducción griega.

El autor tendría a mano textos anteriores, pero procedió principalmente por la tradición oral, recogiendo el relato de la epopeya de labios de los últimos supervivientes.

Se parece la crítica del autor de los Macabeos a la de Josefo: bastante exacta en cuanto a los hechos palestinos y prodigiosamente candorosa en cuanto concierne al resto del mundo. Sus ideas sobre Roma son infantiles. Como Josefo, suple los documentos que no tiene, con los que fabrica él mismo u otros fabricaron, defecto común a toda la historiografía judía. Como no se poseían recopilaciones originales se inventaron las cartas y los discursos.

Lo que más nos asombra es el buen sentido, la firmeza de espíritu del autor. El buen éxito de la guerra de la independencia sólo se debió al valor y habilidad de los hermanos asmóneos. No contiene el libro una sola imposibilidad; no hay quimeras, ni ángeles, ni milagros. Es una narración amañada conscientemente, pero en la cual todo se explica de una manera lógica admitida la protección general que Dios concede a su pueblo.

Podría pensarse que el autor fue un saduceo, si esta palabra no envolviese la idea de sectario, y el autor seguramente fue ajeno a toda secta. Es poco ritualista y encuentra absurdo que se prefiera el sábado a la vida. Su afición a los relatos militares delata a un soldado. El autor no es extraño al sentimiento poco judío de la gloria. Al héroe le preocupa la opinión futura, lo que se dirá después de su muerte.

Sin duda el autor había estado sometido a la influencia griega. Alejandro, recorriendo el mundo para buscar ilustres aventuras, había inflamado las imaginaciones. Ya había brotado su leyenda. La gloria había nacido, y empezaba a ser un valor. «Ser estimado por los griegos será durante algún tiempo equivalente a la remuneración divina.»

Según parece, los príncipes asmóneos no eran insensibles a consideraciones de tal género. A consecuencia de la conquista de las ciudades griegas del litoral, Galilea y Perea, la lengua griega se imponía junto a la hebrea.

Las monedas reales de Alejandro Janneo son bilingües: las sacerdotales son sólo hebreas, con la misma fórmula que las de Juan y Aristóbulo.

El pequeño reino judío iba tomando todos los caracteres de un Estado profano serio. Las grandes edificaciones esmeradas se multiplicaban en Jerusalén y en las cercanías, quizá los gastos que exigían fueron una de las causas del descontento que perturbó los últimos años del reinado de Janneo.

El arte judío halló en la construcción de los templos su aplicación más libre. Procedente de los antiguos datos de la arquitectura egipcia tratados según el gusto griego y aplicados a los usos e ideas judíos, la tumba judía tiene un carácter muy determinado. En Jerusalén se pusieron bastante de moda estos sepulcros suntuosos. El valle del Cedrón y las proximidades de la ciudad se llenaron de gigantescos mausoleos, que todavía se ven, y algunos de ellos son muy hermosos. Los que mandaban enterrar tan pomposamente eran saduceos. Pronto anunciará Jesús que el día del juicio los ricos acostados en estos soberbios mausoleos le han de suplicar que oculte su vergüenza y los sustraiga al castigo que les aguarda.